



Office of the Bishop David A. Konderla

16 de julio de 2021
Nuestra Señora del Carmen

Para los fieles cristianos de la Diócesis de Tulsa y el Este de Oklahoma,

La historia de Zaqueo es una de mis narraciones favoritas del Evangelio, y no simplemente por la canción “Hombrecito” que aprendí cuando era niño. Los habitantes de Jericó estaban convencidos de que Zaqueo era un pecador debido a su trabajo de recaudación de impuestos para los ocupantes romanos y sabían que hacía trampas en esas recaudaciones para su propio beneficio. Cuando se quejaban, los ignoraba en favor de la conveniencia política y el beneficio personal. Sin embargo, el día que llega a la presencia de Jesucristo, reconsidera su vida y, por la gracia de Dios, se arrepiente de sus pecados y se convierte en discípulo. Él dice a Jesús: “Señor, voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien le haya exigido algo injustamente le devolveré cuatro veces más”. Jesús, pues, dijo con respecto a él: ‘Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también este hombre es un hijo de Abraham. El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido’” (Lc 19, 8-10)

Creo que esta historia del evangelio arroja luz sobre la controversia actual con respecto a la recepción de la comunión por personas que apoyan el mal del aborto. Si bien la fe de Zaqueo en Jesucristo debería ser la respuesta de todos los que se encuentran en la presencia del Señor, sabemos que no siempre fue así durante su ministerio terrenal. Muchos lo veían sólo como el hijo de un carpintero o creían que era un lunático o un mentiroso en lugar de Señor, como C.S. Lewis señaló. Lamentablemente, esto sigue siendo cierto hoy en día.

El no reconocer a Jesús como Señor es una preocupación pastoral particular para la Iglesia, especialmente cuando venimos a recibirlo en la Eucaristía. Creemos que en la Sagrada Comunión no estamos simplemente teniendo un encuentro simbólico con Jesús, sino que físicamente nos encontramos con Él de manera similar a Zaqueo. Estamos en la presencia de Cristo. La Iglesia enseña en sus escrituras y en el Catecismo, “Jesús dijo: ‘Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo[...] porque mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida’ (Jn 6: 51,55). Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad”. (CIC 1345-1405)

Nuestra reacción llena de fe al estar en la presencia del Señor debe ser como la de Zaqueo. Debemos poseer una profunda gratitud y gozo debido a su gracia. Deberíamos estar llenos de humildad y arrepentimiento a causa de su misericordia. Y debemos tener el deseo de crecer como su discípulo debido a su amor. Pero, ¿puede suceder algo de esto si no reconocemos la presencia del Señor en la Eucaristía a través de nuestra ignorancia o negativa a creer en sus enseñanzas?

Como tal, creo que tiene sentido lógico que cualquier persona que apoya el aborto también se indignaría cuando se le dice que no puede recibir la Sagrada Comunión. La aprobación tácita del pecado grave ahoga la conciencia y la capacidad de discernir la presencia del Señor. Son un Zaqueo que se niega a subir al árbol para ver a Jesús. Si una persona no puede reconocer la presencia evidente de Dios en un bebé vivo en el vientre de su madre, ¿cómo podría descubrir la presencia de Dios en el misterio de la Eucaristía?

Y si una persona no cree que está recibiendo al Señor en la Eucaristía, entonces sería casi imposible que crea que su compromiso con ese pecado mortal pondría su alma en peligro eterno. Sin embargo, cuando San Pablo entregó las enseñanzas de nuestro Señor en la Santa Cena, les recordó: “Por tanto, el que come el pan o bebe la copa del Señor indignamente peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Cada uno, pues, examine su conciencia y luego podrá comer el pan y beber de la copa. Por tanto, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor de forma indigna, responderá del cuerpo y la sangre del Señor” (1 Cor. 11, 27-29)

Ahora bien, si una persona profesa ser católica y no cree en estas cosas, su reacción cuando se le dice que no debe recibir el Sacramento sería previsible: “¡Cómo se atreve a rechazarme!”. La negación de la Eucaristía sería considerada grosera o inhóspita en esta cultura relativista y amoral. Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo nos enseña que tal negación es en realidad caritativa, destinada a la salvación de un alma descarriada que se niega a reconocer el mal del aborto. En última instancia, el objetivo de esta enseñanza sobre la recepción adecuada de la Sagrada Comunión es ofrecer a todas las personas la oportunidad de arrepentirse, ya sea por apoyar el aborto o cualquier otro pecado grave, para que cuando se acerquen al altar estén realmente en comunión con Jesucristo.

Creo que esta instrucción sobre el significado de la Eucaristía es especialmente importante para los obispos. Como obispos, debemos considerar la advertencia de Dios al profeta Ezequiel: “Hijo de hombre, te he puesto como un vigía para la casa de Israel: si oyes una palabra que salga de mi boca, inmediatamente se lo advertirás de mi parte. Si le digo al malvado: ¡Vas a morir! y si tú no se lo adviertes, si no hablas de tal manera que ese malvado deje su mala conducta y así salve su vida, ese malvado morirá debido a su falta, pero a ti te pediré cuenta de su sangre. En cambio, si se lo adviertes al malvado y él no quiera renunciar a su maldad y a su mala conducta, morirá debido a su falta, pero tú habrás salvado tu vida” (Ezequiel 3,17-19).

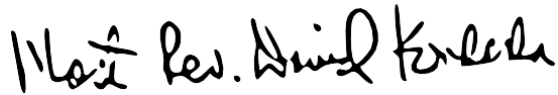
El aborto es un mal intrínseco, es decir, que nunca hay una circunstancia que pueda justificarlo. Las leyes que lo protegen son injustas y, por lo tanto, no hay ley en absoluto. *Roe* se decidió erróneamente y debe corregirse. Ofende a Dios y los principios de nuestra fundación, al igual que *Dred Scott* y su defensa de la esclavitud una vez lo hizo. Corregimos aquel error y ahora debemos corregir éste. El deber de todos en los cargos públicos, especialmente los católicos, es oponerse a las leyes que fomentan y protegen el aborto.

Un líder político es una persona pública. Por lo tanto, si un líder político que profesa ser católico apoya el aborto, se convierte en cómplice público de un grave mal. Si llega a ser conscientes de este pecado, deben arrepentirse y no acercarse a recibir a Cristo en la Sagrada Comunión hasta que se reconcilien con Él a través de la Iglesia. Pero si se niega a arrepentirse, su obispo debería advertirles que su apoyo al aborto entra en conflicto con la fe y pone su alma en peligro. Si persisten obstinadamente en su apoyo al aborto, se les debe negar la Sagrada Comunión, como enseñan claramente el Derecho Canónico y el Catecismo. (cf. Can. 915-916, CIC 2270-2275)

En definitiva, el objetivo de toda esta controversia no es negar la Eucaristía a la gente, sino ayudarnos a todos a crecer en la comunión con Cristo el Señor. Las personas en la vida pública enfrentan grandes presiones y necesitan nuestras oraciones. Así como las escrituras condenan el asesinato de los inocentes en el aborto, también condenan odiar o juzgar a nuestro hermano o hermana. Jesús enseñó: “No juzguen a los demás y no serán juzgados ustedes. Porque de la misma manera que ustedes juzguen, así serán juzgados” (Mt. 7, 1-2).

Los cristianos son un pueblo de esperanza y creemos que el arrepentimiento es posible para todos. Nuestro Señor desea que nos arrepintamos de nuestros pecados porque su reino está cerca, especialmente en su altar. (Mt. 4, 17). Afortunadamente, a través del derramamiento del Espíritu Santo, cada día las personas están dejando la industria del aborto para encontrar un trabajo honesto que promueva la vida. Todos los días, las madres y los padres que han abortado a sus hijos encuentran sanidad a través del arrepentimiento, la confesión sacramental y el procesamiento del dolor por los niños que perdieron. Y la misma redención es posible para los que apoyan el aborto ahora.

Estamos llamados a rezar por nuestros líderes que apoyan el aborto y a hacer penitencia y ayuno por ellos para que sigan el camino de Jesucristo. La condena y el juicio sin amor no son el camino de Jesucristo. Recemos, ayunemos y hagamos penitencia por los que siguen cegados ante el mal del aborto, para que ellos también puedan descubrir la belleza de la vida, el amor de Jesucristo y encontrar una nueva forma de dirigir la sociedad. Esperemos que reconozcan que el aborto no es necesario para el florecimiento de una sociedad. Si estamos verdaderamente preocupados por esta cuestión, demostrémoslo con nuestro amor y cuidado mediante la oración, el ayuno y la penitencia para que se ponga fin al aborto y se conviertan con alegría todos los que actualmente lo apoyan en la vida pública.



Most Rev. David A. Konderla
Bishop of the Diocese of Tulsa and Eastern Oklahoma

Para preguntas o consultas de los medios, comuníquese con:
Adam Minihan
adam.minihan@dioceseoftulsa.org
Directora de comunicaciones
Diócesis de Tulsa y el Este de Oklahoma